

DEFENSA DEL LADRILLO

SESION DE CRITICA DE
ARQUITECTURA CELEBRADA
EN MADRID EL MES DE ABRIL

CARLOS DE MIGUEL

Recuerdo haber leído, no sé exactamente en dónde, y por eso no puedo repetir las palabras ciertas, que don Modesto López Otero, refiriéndose a unas obras de don Juan de Villanueva, decía algo como esto: "Lástima que, habiéndose abandonado el ladrillo visto en las fachadas, que tan sabiamente empleó Villanueva, hayamos perdido la posibilidad de un Madrid Rosado."

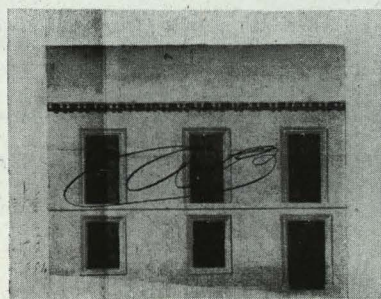
Creo que aquí en Madrid (y en algunas provincias: en Zaragoza y Pamplona pasa algo parecido) se ha emprendido este camino que deseaba don Modesto, y que iniciaron en las viviendas de antes de 1936 Zuazo, con su Casa de las Flores, y Gutiérrez Soto con la casa de Miguel Angel.

Este tema del aspecto de las calles siempre me preocupa mucho, y ya recordaréis otra Sesión en que también hablamos de ello. El aspecto de las calles es fundamental en una ciudad, y en este punto tienen, naturalmente, la primera importancia las fachadas de los edificios. Si cualquier ciudad debe cuidar esto, no digamos Madrid, que es la capital de España, y que como tal tiene que presentarse digna y decentemente a los ojos no sólo de los madrileños, sino de todo el resto de los españoles y también de los extranjeros.

Los arquitectos que trabajan en Madrid, madrileños o de otras ciudades, tienen, por consiguiente, una tremenda obligación y una tremenda responsabilidad. Ningún propietario ni ningún arquitecto pueden hacer alegremente lo que quieran (aunque estén dentro de las ordenanzas). Estos remates que han aparecido hace años en los edificios de Madrid, y que demuestran la petulancia de un propietario y, en muchos casos, el mal gusto de un arquitecto, son estética y socialmente intolerables. El que una persona tenga dinero no quiere decir que ya pueda hacer en las calles lo que quiera; puede hacerlo dentro de su casa, porque no lo ven más que los que tienen que visitarle, por obligación o por su gusto; pero en las fachadas de los edificios de la ciudad por la que todos deambulamos, no debe estar permitido el hacer adefesios o suntuosidades que no son oportunos ni vienen a cuento. Madrid tomó un gran señorío en el siglo XVIII, gracias a un grupo de buenos

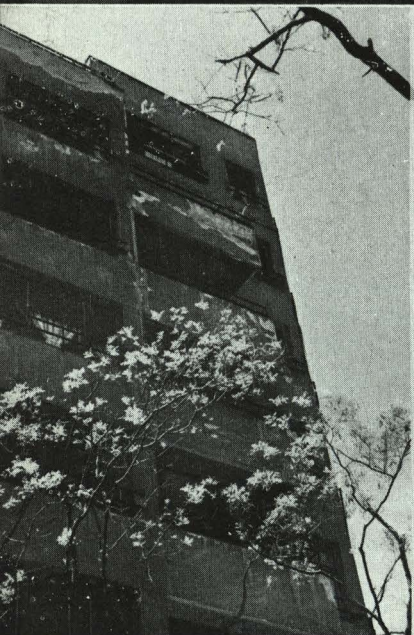
arquitectos capitaneados por don Ventura Rodríguez y don Juan de Villanueva, y la norma que estos dos maestros establecieron tuvo fuerza para que se prolongara todavía unos cuantos años y quedara Madrid convertida en una ciudad de indudable calidad. Había en-

Fotos Salgado.



Un proyecto sencillo de don Juan de Villanueva. Abajo, una fachada de la calle de Jorge Juan, en el barrio de Salamanca. Hace años se oía decir, como una tonta gracia, que estas fachadas las vendían los arquitectos por metros. Y, sin embargo, ahí están, dando tono a una urbe.





Arriba y abajo, pormenor de la Casa de las Flores y la casa de la calle Miguel Angel. En el centro, detalle de una vivienda de semejantes características y construida en los mismos años. Las tres fotografías están hechas el mismo día: el estado de conservación de estos tres edificios es un buen tanto a favor del ladrillo.



tonces el sentido de la proporción, y cuando una casa no iba a ser más que una de tantas en una calle, su arquitecto y su propietario no pretendían poner el min-go con ella, y así hacían una fachada al aire de las demás, y el resultado era agradable, discreto, en el mejor sentido de la palabra, y de buena ciudadanía.

Recuerdo a este respecto que, estudiando Chueca y yo, en los archivos del Ayuntamiento, la arquitectura de esta época a que me refiero, apareció un día el proyecto de la célebre Platería de Martínez, que se emplazaba en el lugar que ahora ocupa la Delegación Nacional de Sindicatos en construcción, emplazamiento y ocasión inmejorables. Allí estaban los planos de las fachadas que revelaban un edificio de buena traza. El arquitecto de esta obra resultó ser uno cualquiera de los que aparecían en los expedientes que íbamos consultando, y que hacía estas cosas vulgares, sencillas y discretas de las que antes hago referencia.

A este arquitecto, con el platero Martínez como propietario, le llegó su oportunidad, y sólo entonces es cuando dió rienda suelta a lo que llevaba dentro, e hizo el edificio que, mientras estuvo en pie, fué estudiando ornato de la ciudad.

El resultado de este estado de cosas, de este sentido de la proporción, de esta exactitud en la valoración de las ocasiones, de este respeto a la ciudad; el resultado, como digo, fué el Madrid de buen tono de finales del siglo XVIII y mediados del XIX.

Pasaron estas épocas; llegaron, siempre con retraso, a España ideas nuevas, más liberales; cada uno quiso destacar y llegar pronto, y así fueron apareciendo, sin orden ni concierto, fachadas dispares, que organizaron el pequeño caos que es el Madrid actual, y que tiene su más acabada expresión en la Gran Vía.

Llegó el funcionalismo; surgieron los edificios que a esta tendencia correspondían; terminó nuestra guerra; empezaron los chapiteles, las cornisas, los entablementos, que ahora ya están pasados para la generalidad de los arquitectos que en Madrid trabajan, y ahora surgen, y éste es el motivo de esta Sesión, una serie de casas de vecindad (me refiero principalmente a estos edificios, que por su número son los que más dan el tono general) con las fachadas de ladrillo visto.

Estas fachadas, tal como ahora se están haciendo en muchas casas, tienen su precedente, como antes dije, en dos casas estupendas: la Casa de las Flores, de Secundino Zuazo, y la casa de Miguel Angel, con el patio abierto a fachada, de Luis Gutiérrez Soto.

Es agradable comprobar la buena conservación de estas fachadas, independientemente de su buena calidad arquitectónica. (De paso, vamos a lamentar el mal uso que los inquilinos han hecho de las arquerías de planta baja, tan bien tratadas por Zuazo en la Casa de las Flores.)

Creo hemos entrado en una buena orientación arquitectónica, que se sirve con el ropaje del ladrillo tan querido, tan entrañable, tan digno y decoroso dentro de su poca riqueza y oropel, como conviene a la capital de un país pobre como es España. Parece necesario no echemos por la borda esta oportunidad.

El ladrillo es un material que, por muchas razones que ahora, cuando yo termine esta pequeña introducción, vais a escuchar, no puede ser olvidado por los arquitectos españoles.

Parecía oportuno reunirnos en estas Sesiones para tratar de este tema, porque hay que procurar que su

uso no degeneren en abuso y que su empleo sea siempre correcto.

Hay un edificio muy conocido: el hospital de Santa Cruz, en Toledo, que tiene una portada que a mí no me produce satisfacción. Unas columnas tan caprichosas e irrespetuosamente tratadas como se ven en ella, no son tolerables. Pues algo de esto existe en algunas de las fachadas de ladrillo que se hacen ahora. Me refiero a los arcos bolsones. Si se intenta dár con el ladrillo no una sensación de material de recubrimiento—Miguel Artíñano dice que para esta misión es perfecto—, sino un aspecto de auténtica fábrica de ladrillo macizo, entonces que no se hagan estos arcos bolsones, que estriban en un lado en el muro, como es lo suyo, y salen danzando por el otro con una despreocupación y falta de sentido total. Esto, que se da mucho ahora, hace daño a la vista, como las columnas del hospital toledano.

Lo mismo que este ejemplo que cito habrá otros que ahora traeréis a consideración, y que conviene revisar para que el principio de VERDAD, inherente a toda arquitectura, no salga mal parado.

Otro peligro que hay que evitar, a mí me parece, es el de la monotonía y el cansancio, por la repetición cómoda de fórmulas que han logrado el general beneplácito. Si desde la mañana a la noche se está oyendo música de Bach, y en todas las comidas se nos sirve faisán, poniendo una y otro como ejemplos óptimos en su respectiva esfera, es lo cierto que se acaba hastiado y anhelante de oír y comer otra cosa, aun convencidos de que sean peores que aquéllas.

Esto es peligroso, y lo es más con nuestro temperamento, tan aficionado a las soluciones pendulares, porque pasamos bruscamente del blanco al negro, con el consiguiente despiste para todos, arquitectos y público.

Ni el ladrillo es la única solución, ni su empleo puede quedar reducido a un tipo de catálogo porque haya resultado bien.

Y como ya está cumplida la tarea mía de simple introducción en el tema, cedo la palabra a nuestros compañeros, para que ellos, con sus mejores opiniones, nos ilustren sobre la materia.

Voy a iniciar la parte de Intervenciones leyendo dos: una de Luis Felipe Vivanco, que fué el final de la Sesión que dió en el año 1951, y que se publicó en el número 109 de la REVISTA, y, otra, una carta de José Yarza, también del año 1951, contestando a una petición mía para que hiciera la ponencia de una Sesión dedicada al ladrillo.

Arcos bolsos de ángulo.



Pormenor de la fachada del hospital de Santa Cruz, en Toledo.



INTERVENCIONES

LUIS FELIPE VIVANCO

La realidad española del ladrillo es una realidad histórica, pero también actual, y, a mi parecer, tiene dos dimensiones: una mudéjar o mudejarista (que rebasa, desde luego, los límites del mudejarismo histórico y hasta estilístico) y otra neoclásica. Son dos constantes que se dan en el modo de incorporar el ladrillo a la forma del edificio, es decir, en el modo de emplearlo.

Para la actitud mudejarista, el ladrillo es algo vivo, que vale por sí mismo y que interviene activamente en el resultado formal-expresivo de la obra. Algunos arquitectos, antes de nuestra guerra, han renovado formalmente la construcción en ladrillo a través de este sentido y según principios funcionales. Como característicos, se pueden citar los nombres de Zuazo y de Arniches.



Museo del Prado.

A este sentido de la forma viva mudéjar se opone, creo yo, el neoclasicismo, que tanto se ha empleado durante los últimos años, y en el que el ladrillo visto ya no tiene ninguna dimensión activa, sino puramente pasiva, como paramento neutro. El acento expresivo se carga sobre molduras y cornisas, de piedra natural o artificial. Como es de rigor, en algunos edificios persiste una especie de compromiso entre estas dos maneras de incorporar el ladrillo a la forma espacial.

Y con esto llego a la pregunta final: ¿Es posible hoy día una renovación formal "ladrillista"? Ante todo, tengamos en cuenta que ya la hubo a través de los arquitectos que citaba antes, como representativos de un movimiento bastante extenso. Después debemos también tener en cuenta que la ha habido en otros países, y que el ladrillo no es más que un paralelepípedo de tierra cocida, y que, poniéndolo uno sobre otro, se hacen los muros. ¡Qué fácil es construir y qué difícil hacer buena arquitectura! Podemos construir poniendo simplemente un ladrillo sobre otro. Pero poniendo un ladrillo sobre otro podemos también hacer buena arquitectura.

JOSE YARZA

Me parece bastante difícil pergeñar una conferencia que resulte interesante con el tema que me propones de las Normas estéticas que seguimos por estas tierras para el empleo del ladrillo, con tradición y resultados modernos, pues no hay tales normas ni tales resultados.

Repasando las obras ejecutadas durante estos últimos tiempos (y me incluyo entre los responsables), veo que casi todas son pastiches, que recubren con vestiduras mudéjares, o algo que se le parece, las estructuras de hormigón o acero; y las que no lo son, o sea aquellas en las que el ladrillo se ha usado no para disimular la estructura, vistiéndola con disfraces de épocas pasadas, sino simplemente como material de cerramiento exterior, con soluciones constructivas más o menos buenas y procurando acusar la estructura, sólo conservan de tradicional el material ladrillo, y esto únicamente en las que se emplea ladrillo ordinario, pues cuando se emplea el prensado a máquina no tienen de tradicional absolutamente nada.

En resumen, creo que un trabajo con este tema resultaría, más que una conferencia sobre arquitectura, un estudio arqueológico sobre arquitectura mudéjar, sin más consecuencias de interés para una crítica de arquitectura actual que la de llegar al convencimiento de que la tradición es una cosa muy peligrosa cuando se trata de construir edificios.

LUIS MOYA

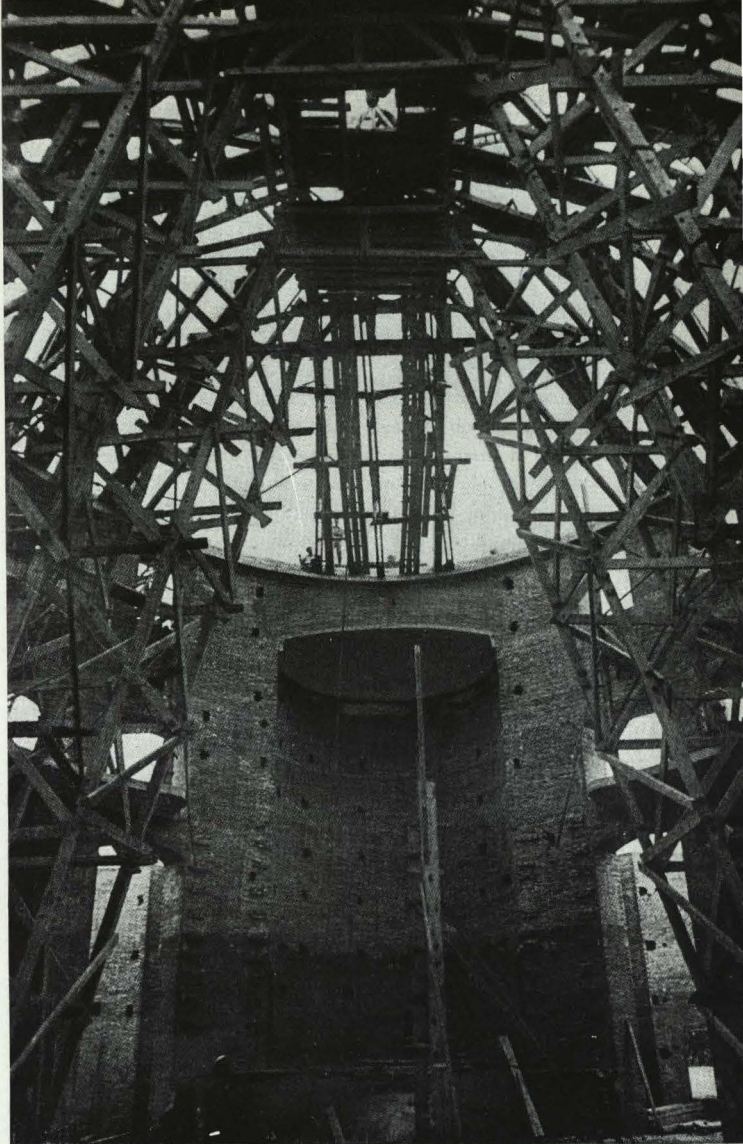
Cuando escaseó el hierro, en los años siguientes a la terminación de nuestra guerra, nos encontramos algunos arquitectos con la imposibilidad de seguir obras ya en marcha, que habían sido proyectadas con estructuras vulgares de hierro o de hormigón armado. En esa ocasión hubimos de recordar que en otros siglos se construía sin estos materiales modernos, e incluso sin madera, y que de ello teníamos ejemplo en el mismo Madrid, tanto en construcciones lujosas—el Palacio Real—como en construcciones modestas—Academia de la Historia—. Esta última, obra de don Juan de Villanueva, es un edificio de composición corriente en casas de muchas plantas; pero todas, del sótano al desván, han sido construidas con bóvedas, sin que existan vigas en toda la construcción. El mismo tema, pero más en grande, es el conjunto de las Casas de la Reina y de Infantas, en El Escorial, también de Villanueva, quien empleó abundantemente el sistema incluso en el Museo del Prado, dejándonos muy numerosos ejemplos de las posibilidades del ladrillo como material de estructura.

En España hay lugares donde nunca se ha perdido la tradición de las bóvedas de ladrillo, incluso para casas modestas. Son ejemplo la escuela extremeña, artesana y popular, que por intuición se atreve, a veces, a cosas increíbles, y la escuela catalana, más racionalista, de la que también han salido obras extraordinarias, y, sobre todo, ha sido la autora de la incorporación de los medios modernos a tan antiguo sistema. La bóveda moderna de rasilla hueca con mortero de cemento es una gloria de esta escuela, y representa un avance importante, ya que permite introducir el trabajo a flexión, además de la comprensión simple, que era el único admisible en las antiguas bóvedas de ladrillo macizo y mortero de cal o de yeso.

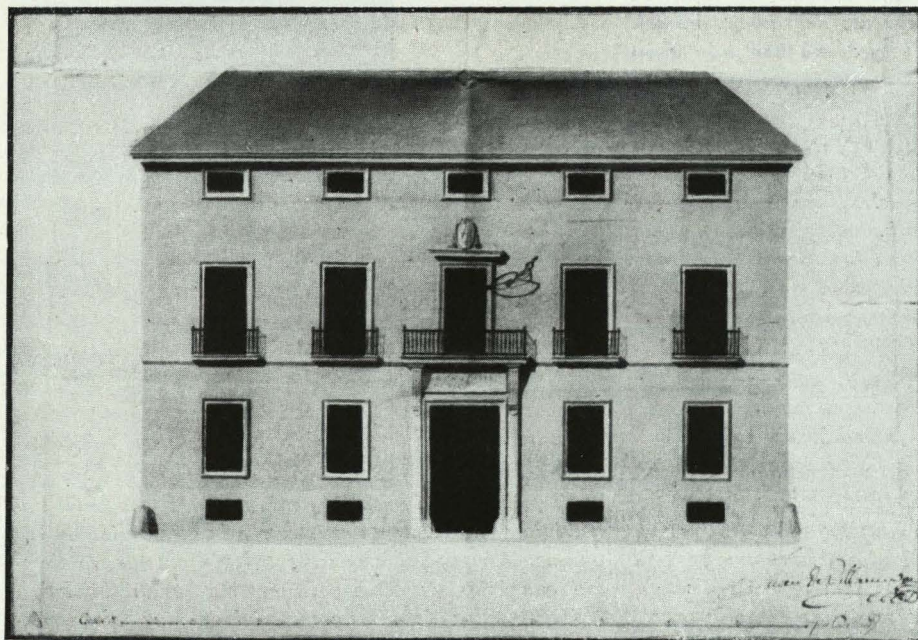
De este modo, cuando escaseó el hierro durante la guerra del 14, varios arquitectos encontraron ya un sistema adecuado para construir, usando sólo los materiales y la mano de obra que no habían sido afectados por esa escasez. Don Juan Moya fué uno de ellos, y por esto

es natural que, al reconstruir el Hospital de los Sacerdotes, de Madrid, a partir de 1939, mi hermano Ramiro y yo empleásemos bóvedas cuando faltaba el hierro, o cuando la disposición de las ruinas conservadas nos incitaba a hacerlas. Se hizo sin ninguna preocupación artística, sólo como un sustitutivo; pero fué una lección muy útil, que aproveché a continuación en el Escolasticado de los Marianistas, en Carabanchel Alto. Tampoco había hierro, ni en viguetas ni en redondos, sino en forma de carriles viejos que se encontraron en la finca. Calculada su resistencia, encontré que para una luz de 6,75 metros entre ejes de muros debían espaciarse 2,25 m., y ésta debía ser, por tanto, la luz de las bovedillas, que al ser realmente grandes impedían la colocación de un cielo raso que ocultase el sistema, y obligaban, en consecuencia, a adoptar esta medida como módulo de las plantas. Como la distribución resultó bien con este módulo, rigidamente observado en todo, se hizo así el edificio, y tuve la sorpresa de que los interiores resultasen muy gratos, tanto los menores, de un solo módulo, destinados a celdas, como los grandes, de diez o más módulos. Únicamente se decoró con un baquetón de escayola el ala inferior de cada carril en los locales de dos o más módulos. Las crujiás se coronaron con un tejado a dos aguas, apoyado sobre bóveda de cañón seguido de tres tableros de rasilla, y cuyos tirantes quedaban dentro de los tabiques de separación de celdas, apareciendo sólo en el pasillo central de éstas. Hubieran podido ser ocultados con un cielo raso, pero no se hizo porque el pasillo resultó agradable con su gran altura hasta la clave de la bóveda, interrumpida sólo por los tirantes de dos centímetros de diámetro.

Se planteó el problema de los tirantes en general. Creo que en España no hay nadie que los admita como proyecto; pero si están ya hechos, pasan inadvertidos en muchos casos. Por ejemplo, en el Pilar de Zaragoza, a cuyo ejemplo, en colaboración Pedro Muguruza, Enrique Huidobro y yo, hicimos la reconstrucción de la iglesia parroquial de Manzanares, destruida por los rojos por medio de dinamita; y con tales quebrantos, por consecuencia, en muros y contrafuertes, que no nos atre-



Iglesia de San Agustín, en Madrid, Arquitecto, Luis Moya. Vista del estado de la obra, preparada para construir la bóveda de ladrillo.



El Nuevo Rezado, hoy Academia de la Historia, obra de don Juan de Villanueva. Edificio de varias plantas, construido totalmente con bóvedas de ladrillo.

vimos a hacerles sufrir los empujes de la nave, de 10,70 m. de luz. Colocamos tirantes, con algún disgusto de la Junta Parroquial; pero a poco se olvidó su existencia. Sin embargo, en general no ocurre esto, y el tirante no se acepta, y para que resulte económica la bóveda en una crujía continua y sin tirantes, no he encontrado solución más que en casos especiales: bóvedas enterradas, donde el empuje va al terreno; bóvedas apoyadas en antiguos muros de gran espesor, o composiciones especiales que por sí tienen resuelto el problema, como son las iglesias de una nave de cañón con capillas a los lados, que puedan cubrirse con cañones normales al primero. Claro es que la última solución puede adoptarse para un garaje con jaulas; pero no es natural que una construcción de este género tomase tanto trabajo para evitar tirantes.

En naves industriales, con tirantes a la vista, el sistema resulta muy económico. En los Talleres de la Universidad Laboral de Gijón, en colaboración con Pedro Muguruza y mi hermano Ramiro, hemos hecho la nave de 19,20 m. de luz, dividida en tramos de 9,60 m. de longitud, y cada uno cubierto con una bóveda cilíndrica de generatrices inclinadas, para obtener luz del Norte en cada tramo. Para esta luz de 19,20 m. han sido precisos cuatro tableros, de los cuales el primero con yeso, y uno más acompañando los arranques, según el cálculo de nuestro compañero Luis García Amoreno. Pues bien: cada bóveda de $19,20 \times 9,60$ ha sido construida por cuatro cuadrillas, con seis peones para llevar el material, en siete días útiles de trabajo. Otro contratista prefirió hacerlo con dos cuadrillas, y empleaba quince días de trabajo.

Estas mismas economía y rapidez las he observado en bóvedas más complicadas, como las de arcos cruzados de ladrillos macizos. La de planta elíptica, que cubre la iglesia de San Agustín, en Madrid, cuyos ejes miden 19,20 m. y 24 m., fué construida en un mes natural por siete cuadrillas, con cinco peones para elevación de materiales; y en otro mes, los mismos obreros hicieron las plementerías. La más grande y complicada, la de las Escuelas de San José, en Zamora, se hizo en igual tiempo, pero con doce cuadrillas.

Hasta ahora, hemos empleado ladrillo corriente en todas estas bóvedas, con coeficiente de trabajo normal. Aun así, las secciones de los arcos no han sido grandes: en San Agustín tienen un pie de ancho y nueve hiladas de altura, y en Zamora, pie y medio con alturas variables: alrededor de un metro.

La mención de estas iglesias, a las que se uniría la de los Marianistas en Carabanchel, nos lleva otra vez a la cuestión del coste. Si no ha de haber tirantes a la vista, las formas mejores por su baratura son la circular y la elíptica poco alargada, así como las poligonales inscritas en ellas, pues los empujes se resuelven en un zunchó.

Pero si la diferencia entre los ojos de la elipse aumentan, también lo hace el coste del zunchó, como estamos viendo actualmente en una bóveda, cuyos semi-ejes están en la relación de la Sectio áurea, 1,618..., en vez de tener la relación 5 a 4, que es 1,25, lo cual resultó muy económico.

Desde el punto de vista térmico, resultan muy ventajosas las de tres tableros; con una capa de mortero encima, para clavar pizarra directamente sobre la superficie curva de la bóveda, han producido el aislamiento

suficiente. Pero como lo corriente es hacer tabiquillos sobre la bóveda para apoyar tableros planos, y sobre éstos la teja o pizarra, sostiene un aislamiento equivalente al máximo logrado con corcho y fibra de vidrio. Que sea éste el sistema corriente, no es por lujo ni por deseo de ocultar la bóveda desde el exterior. Claro que facilita la colocación de cualquier sistema de teja el que su base sea plana; pero principalmente se hace porque los tabiquillos son la garantía de que la bóveda conservará su curvatura, y puede hacerse ésta muy delgada, aprovechando así mejor su trabajo. De esta manera hemos hecho las bóvedas de 11 m. de luz, muy rebajadas, con sólo dos tableros.

Casi nada he dicho del aspecto, de lo artístico en relación con el ladrillo. En cuanto a las bóvedas, ya sabemos que gustan a todos, hasta el extremo de que se hacen a veces falsas de escayola, colgadas de la estructura de hierro o de hormigón. A veces he dejado a la vista el ladrillo en las bóvedas, cuando el aparejo resultaba agradable, pues lo que no he querido hacer nunca es preocuparme de su aspecto cuando lo que estaba en juego era la propia estabilidad de la obra. Así que unas veces han quedado a la vista las rasillas de las plementerías y otras los ladrillos de los arcos. En ambos casos, se ha enrasado bien el mortero, llenando la junta. Lo mismo he hecho en muros, ya que al ser éstas casi siempre carga, era peligroso disminuir su sección de gollando la junta.

Para terminar, debo hacer notar que, para apoyar grandes bóvedas, es mejor hacer los muros de carga blandos: de ladrillo cerámico corriente con mortero mixto de cal y cemento, pues se adaptan mejor a los movimientos continuos de la bóveda, que nunca duerme, según el proverbio árabe.

Iglesia de San Agustín. Madrid. Arquitecto, Luis Moya.



MIGUEL FISAC

El ladrillo tiene en la arquitectura tres utilizaciones: primero, como elemento de trabajo a la compresión en muros; segundo, como material de cerramiento de estructuras, y tercero, formando bóvedas para cubrir espacios.

El primero es la solución más honrada y natural, tratándolo como elemento resistente a la compresión en los muros. Así pueden emplearse todavía en nuestro tiempo, con éxito, y existen para ello muchas posibilidades.

Tenemos en España un material de muy buena calidad y muy buen aspecto y un personal que sabe colocar

lo de prisa y bien. Tanto en lo que respecta al material como a la mano de obra, estamos, en este aspecto del ladrillo, por delante del extranjero.

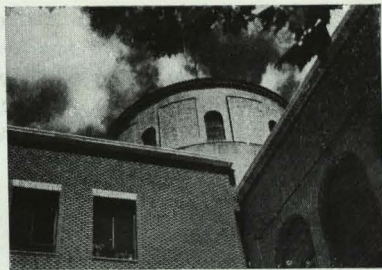
A mí me parece que el ladrillo, tratado como digo, con honradez, en los muros puede dejarse descubierto, tanto en exteriores como en interiores. Un muro-travesía que se deja descubierto en una habitación da unas posibilidades de gran interés, siempre que se haga partiendo de la verdad.

El segundo tratamiento es como cerramiento de la estructura, simulando una verdadera fábrica. Esto es una falsedad, que no puede aceptarse por las cualidades intrínsecas del ladrillo. Como los materiales que en el extranjero se emplean para el cerramiento aquí no los tenemos, y el traerlos o fabricarlos es prácticamente imposible, yo creo que el ladrillo puede emplearse como material de cerramiento, pero siempre que se trate de otro modo de como se viene haciendo. A este objeto, yo patenté un ladrillo doble con pestaña, que ya conocéis porque se publicó en la Revista, y que podría ser una solución. Como esto que hice habrá más tanteos para llegar a una solución racional de este problema. Pero eso que se ve por ahí—hacer un mirador y recubrirlo con ladrillo macizo—es una falsedad que hace daño y hiere a la vista; recarga innecesariamente la estructura.

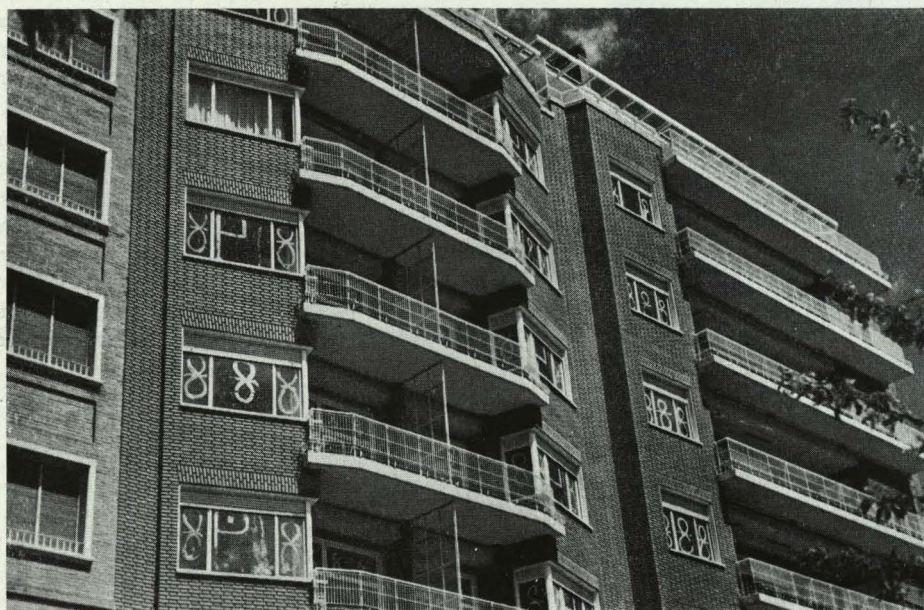
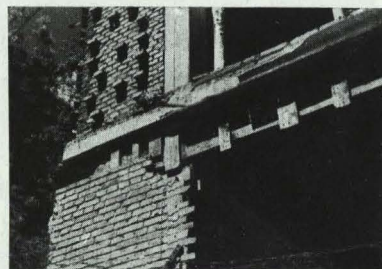
Encuentro que es malo que la estructura no se exteriorice en fachadas, que se enmascare totalmente. Los dinteles, los forjados, pueden aparecer al exterior con su calidad de hormigón, y conseguir con ello buenos efectos decorativos. Una cosa así estoy haciendo en un colegio en Valladolid, y, a mi juicio, queda bien; perdonad que hable de mis obras, pero es donde procuro llevar a la realidad estas experiencias.

Tercero, respecto a las bóvedas de ladrillo. Fué estupendo que al terminarse nuestra guerra, y existiendo aquellas dificultades tan tremendas que padecemos, se hicieran tentativas de todo género para no parar la construcción, y, por tanto, ir a las soluciones que fueran necesarias. Es un caso análogo al del gasógeno en los coches. Se pusieron gasógenos porque no nos mandaban gasolina; pero una vez que tenemos gasolina, el

El Instituto de Optica y la iglesia de San Agustín, del arquitecto Miguel Fisac, quedan incorporados en un conjunto con dos edificios existentes de fábrica de ladrillo visto y de buena arquitectura. El resultado es muy acertado y agradable.



Una estructura de hormigón y cerramiento de ladrillo macizo. Se puede recubrir con otro material, como parece que es el caso. Pero poner plaqueta imitando el ladrillo—como hay otros muchos casos—, es un poco, llamaremos, ingenuo.



Dos casas de viviendas, en construcción, en la calle Juan Bravo, del arquitecto Luis Gutiérrez Soto. Muy acertado el empleo del ladrillo, salvo, a nuestro juicio, los arcos bolsores.

ir con un gasógeno detrás no se le ocurre a nadie. A mí me parece que en un caso semejante estamos con esto de las bóvedas, que en las condiciones actuales son absurdas porque tienen unas malísimas condiciones acústicas y porque dejan unos espacios perdidos que gravan el edificio.

MIGUEL ARTIÑANO

Yo entiendo, asimismo, que el ladrillo, o en sustitución suya la plaqueta, es un buen material de cerramiento o revestimiento de fachadas, que en nuestro caso podemos emplear siempre.

MIGUEL FISAC

Insisto en la falsedad inaceptable del actual cerramiento que estamos haciendo. Como con una fábrica de ladrillo de verdad no se puede pasar en un dintel de un metro o un metro veinte, y como ahora, por necesidades arquitectónicas, los huecos son mucho mayores, lo honrado es dejar el cargadero visto, expresando así la verdadera función del ladrillo, que no interviene más que como cerramiento.

EUGENIO AGUINAGA

El tema del empleo del ladrillo visto como cerramiento tiene una justificación perfecta en edificios de bastantes pisos. Si el edificio es de poca altura (tres o

cuatro pisos), es posible hacerlo con muros de fábrica de ladrillo; pero en cuanto tratemos de edificios de ocho, diez o veinte plantas, como esto no se puede hacer de ladrillo o es antieconómico hacerlo, hay que ir a una estructura, bien de hierro o bien de hormigón, y estas estructuras dejan unos huecos que hay que cerrar. En cualquier caso, hay que emplear, como se ha dicho antes, el material de que en España se dispone, y este material no es otro que el ladrillo. Si este ladrillo tiene ya condiciones suficientes para dejarlo a la intemperie, resulta un poco tonto no hacerlo y taparlo después con un revoco, piedra u otro elemento similar.

Quizá se podría, para que este ladrillo de cerramiento no pareciera un muro, aparejarlo de modo distinto, como, por ejemplo, se hace con el azulejo. Esto quizá fuera una solución, que habría que tantear en la práctica. Aunque tengo mis dudas sobre ello, porque en Bilbao hay una casa en la que está empleado racionalmente el ladrillo en forma de plaquetas. Esta casa hace esquina en chaflán curvo. Pues bien: en la parte plana, la plaqueta está puesta horizontalmente; pero al llegar a la parte curva, como esta plaqueta horizontal daría unas aristas, y en lugar de resultar curva sería pentagonal, el arquitecto, empleando su buen juicio, las ha colocado verticalmente. Todo, como os digo, muy funcional y muy lógico; pero el resultado es que la casa es feísima.

A mí me parece que si empleamos el ladrillo es porque económica y estéticamente resulta bien, y apurando más la cosa se llega a pensar que es exclusivamente porque nos hace bien, porque nos gusta esta especie de fachada al ferropusato, que organiza el ladrillo con los huecos pintados de blanco, como si fueran en negativo.

Si proyectáramos un edificio de tipo clásico en sillaría, para el que hemos pensado en una determinada piedra, y por dificultades de suministro la tenemos que sustituir por otra, el resultado sería sensiblemente el mismo. Creo, por el contrario, que si a estas fachadas de ladrillo que hacemos nos obligan a pintar la carpintería de gris, por ejemplo, hemos destrozado la fachada.

LUIS GUTIERREZ SOTO

Estoy en total oposición con lo que dice Fisac respecto al cerramiento con ladrillo. No creo que sea ningún disparate emplear el ladrillo macizo como cerramiento, y su efecto estético es muy bueno.

Aplaudo las tentativas que se hacen para encontrar otro material de revestimiento, pero hasta ahora no me satisfacen. Ese ladrillo hueco de Fisac no me gusta nada.

Ahora, como ha dicho Aguinaga, las estructuras hay que revestirlas, y todo el mundo sabe que esto del ladrillo es un revestimiento como otro cualquiera, y, por tanto, arbitrario. El hacer los arcos bolsones, que me habéis criticado tanto, no está tan mal como decís, porque



Casa de viviendas, en construcción, en la calle de Recoletos, del arquitecto Miguel Artíñano. Están muy racionalmente empleados los materiales.

Casas en La Quinta-
na. Arquitectos,
Aguinaga y Monsal-
ve. Fachada en "ne-
gativo".



es una cosa que se puede hacer perfectamente tratán-
dose de un revestimiento.

Insisto en que los españoles debemos aferrarnos al
ladrillo, en el que tenemos una tradición, y que da unos
resultados estupendos. En Buenos Aires, que se hacen
unos revocos magníficos, sin embargo las casas que ver-
daderamente nos llamaban la atención eran de ladrillo
visto. Acabo de hacer un viaje por Francia; y así
como otras veces, a la vuelta a España de un viaje al
extranjero, me he quedado decepcionado ante lo que
estamos haciendo aquí, ahora os diré que me ha hecho
una magnífica impresión el encontrarme estas fachadas
de ladrillo madrileñas.

FERNANDO CHUECA

De las intervenciones anteriores se desprende que, lo
mismo que si estuviéramos ante el cruel dilema de "la
bolsa o la vida", aquí nos hallamos entre "el bolsón o
la viga". Pero antes de seguir adelante quiero hacer
notar que la palabra está mal empleada, porque no es
bolsón, sino bolsor. (Nota añadida al hacer la correc-
ción de las pueblas taquigráficas: Bolsor es palabra que
aparece en documentos del siglo XVI (véase el Elucida-
rio de voces de mi libro La catedral nueva de Salaman-
ca). Equivale a la palabra dovela y tiene la misma raíz
que el término francés vousoir. Como los huecos rec-
tos adovelados se denominan arco adintelado (véase la
Arquitectura civil, de Bails, y otros tratados), es lógico
que la palabra bolsor, que quiere decir dovela, pasara
a definir un dintel adovelado o un arco adintelado, que-
dando estatuido el nombre de arco bolsor para el dintel
adovelado, que frecuentemente se usa en las construc-
ciones de ladrillo. El que algunos albañiles lo llamen
bolsón es una degeneración parecida a la de capirzalado
por capialzado.)

En la polémica aquí entablada entre si el ladrillo pue-
de utilizarse como material de cerramiento opaco o sólo
como material mural, creo que puede buscarse un tér-
mino medio, aunque, puesto a escoger, me inclino del
lado de la sinceridad, es decir, del lado de Fisac.

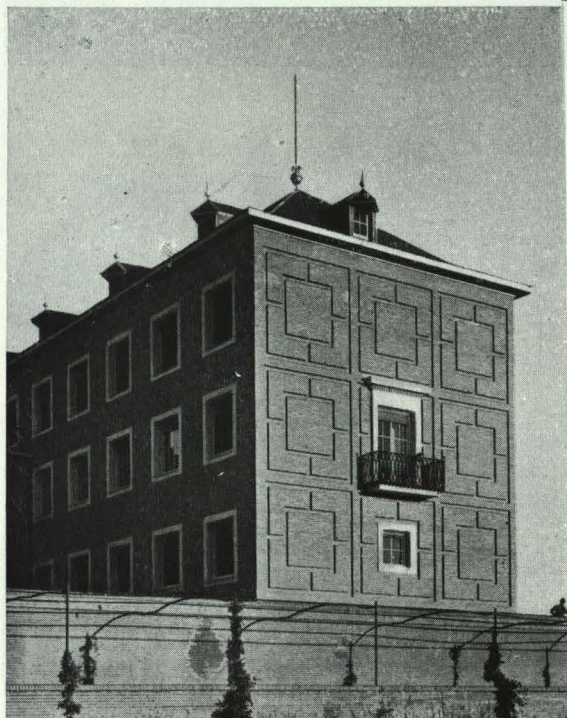
El ladrillo, como todo material, por supuesto, exige
un tratamiento adecuado, que refleje expresivamente su



función. El ladrillo es un material fabricado y modu-
lado para la construcción de muros. Donde el ladrillo
aparece es signo, o debe serlo, de que existe un muro,
lo mismo en el exterior que en el interior del edificio.
Si este muro no existe, se nos engaña, y esto, para el
que ha sido burlado, es siempre un motivo de insatis-
facción.

Esto no quiere decir que no pueda utilizarse a raja
tabla como cerramiento opaco, ya que también este ce-
rramiento puede obedecer a un concepto mural. Cuan-
do una casa tiene mucha altura, es indudable que no
puede elevarse mediante muros de carga y que necesita
una estructura. Sin embargo, una fachada de ladrillo, en
este caso, puede no desdecir del llamado concepto mu-
ral. Depende esto del volumen que se dé al edificio,
cuanto más cúbico, mejor; de la proporción de hueco
a macizo, de la manera como el bloque descansa en el
terreno, etc. Los grandes edificios formados por bloques
lisos de ladrillo de las casas de renta reducida de Nue-
va York, que yo estudié en una publicación reciente,
obedecen a este concepto mural, y, por eso, el resultado
es tan satisfactorio. Estos bloques arrancan desde el
suelo con fábrica de ladrillo, tienen una proporción bas-

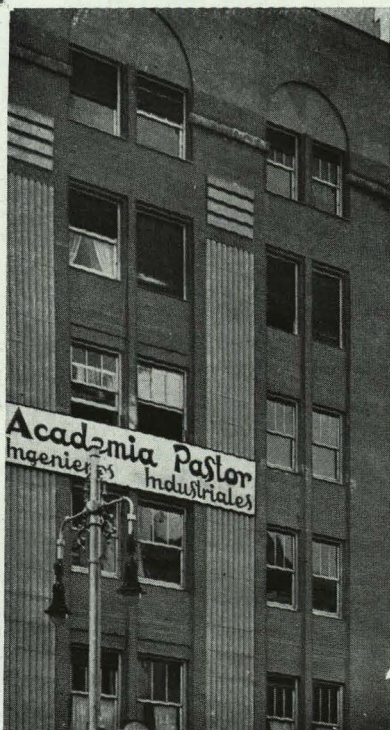
Estas fotografías, que con el resto de las que aquí se publican se proyectaron en la Sesión, tienden a ilustrar las "gracias" que, a nuestro humilde juicio, pueden hacerse con el ladrillo en fachada. Arriba, ampliación del Museo Lázaro Galdiano (arquitecto, Chueca), y en el centro, la Escuela de Ingenieros Agrónomos, de Villanueva y Bidagor, constituyen dos ejemplos muy acertados.



tante grande de macizo y no ofrecen salientes, balcones, miradores, voladizos, etc. Son, pues, un caso de perfecta adecuación del material a la forma. En cambio, un edificio de ladrillo sobre pilotis sería un contrasentido inaceptable. Tampoco me parece lógico revestir una estructura con ladrillo, como sucede en la Casa Sindical, de Madrid. Este edificio es la nuda estructura con cerramiento de cristal, y, por consiguiente, no hay superficie mural que justifique el ladrillo.

Cuando existan en un edificio voladizos, grandes huecos que exigen largos cargaderos, etc., me parece más sincero que estos elementos aparezcan en otro material, como ha hecho acertadamente Artiñano en la casa de la calle de Recoletos. Esto es lo que propugna Fisac al aconsejar en huecos de gran luz que el cargadero de hormigón quede al descubierto, huyendo de los arcos bolsos kilométricos.

Por el contrario, esas tiras verticales, rematadas por otras horizontales, y los arcos de las ventanas superiores, que tienden a decorar (?) esta fachada de una casa de la Gran Vía, no parecen oportunos. El ciudadano pasa tranquilo delante de estas cosas; pero ¡hay que ver el letreiro y la farola!



La explicación que da Chueca es cierta: el ladrillo se ha impuesto hoy por las ventajas de que aquí se ha hablado y que saltan a la vista, y el gusto que produce su contemplación, precisamente en la arquitectura moderna, resultan de la vibración que da el aparejo del ladrillo en el muro liso.

La piedra lisa, que hoy tendríamos que emplear, como cerramiento, sin moldura, porque el gusto actual y la economía de nuestros tiempos así lo imponen, es, en realidad, una imitación del revoco, y da lugar a una sosería de las fachadas realmente poco agradable. En cambio, el ladrillo da la fórmula estética muy bien resuelta.

Respecto al bolsor (ya lo diremos bien) me parece que es una solución buena, y sinceramente más honrada que destacar el cargadero de hormigón, porque esto llevará a unas complicaciones constructivas realmente difíciles.

A mí, este problema del ladrillo visto me interesa mucho desde el punto de vista de las ordenaciones generales. Madrid tiene delante de sí un período no muy grande de construcción intensa, porque, como sabéis, en el proyecto del Gran Madrid se proyecta cerrar y terminar la ciudad, y al ritmo que vamos es probable que dentro de veinte o treinta años Madrid quede completo.

Hay unos ensanches en marcha, y la fisonomía que vayan a tener reviste mucha importancia, y como ahora es muy difícil dar desde una cabeza la orientación arquitectónica de la ciudad, como ocurría en los tiempos de Ventura Rodríguez y Villanueva, ocurre que la unidad y la personalidad de estos barrios que van a surgir me preocupa mucho.

Casas como esta del siglo XIX de la calle de Jorge Juan se podrían hacer entonces, porque en aquellos tiempos el mundo, en todas sus manifestaciones, no tenía estas inquietudes y zozobras de ahora, a las que los arquitectos, ciudadanos de esta época, no somos extraños.

Si ahora nos orientamos hacia las fachadas de ladrillo, sería conveniente que lo utilizemos y no lo abandonemos, porque es muy probable que así obtengamos una unidad estética urbana.

Es muy peligroso que la unidad sea la anarquía.

Sería muy deseable que un equipo profesional de un grupo de arquitectos suficientemente numeroso estableciese unas fórmulas que pudiesen ser aceptables por la mayoría. Esto serviría magníficamente para estos nuevos ensanches de Madrid de que os hablo, y que han de ser la obra más importante de estos años.

RAFAEL ABURTO

Yo lo que pregunto a Chueca es ¿no de qué hubiese revestido la Casa Sindical simplemente, sino de qué la hubiese revestido, teniendo enfrente al Museo del Prado?

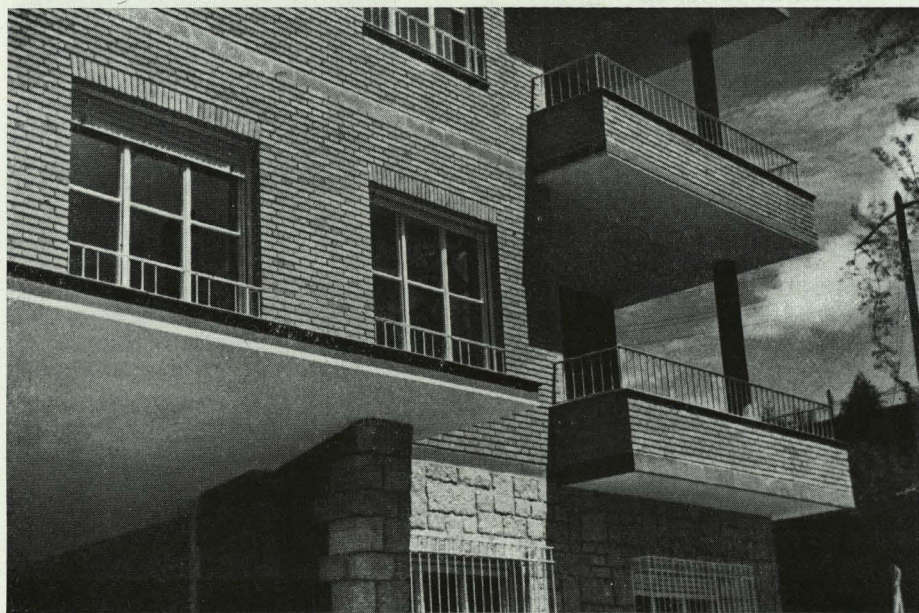
El paseo del Prado es piedra, ladrillo, verdura y agua. Nada se puede hacer sin estos elementos. De no haber puesto ladrillo forrando la estructura, hubiésemos defraudado al Jurado del Concurso que dictaminó en su día, bien orientado, según la premisa anterior.

Aquí el ladrillo es, por tanto, la investidura obligada que un edificio debe ostentar para ser admitido en la selecta sociedad del salón del Prado, donde, por cierto, tanto lacayo intruso perdura todavía.

Ya es bastante el irrumpir en un salón haciendo gala de un volumen desacostumbrado, hasta el extremo de atraer todas las atenciones, para que ahora se nos achaque el no haberlo hecho además desnudo.

El ladrillo es bastante más cosas que un simple elemento constructivo. Concretamente, en Madrid es casi una bandera, difícil de arriar.

Esto es: el ladrillo ha dejado de ser un elemento constructivo resistente, desplazado de este cometido por el hierro y el cemento. Sus cualidades de menudencia y preciosismo le convierten en elemento altamente decorativo. Lo que no se puede decir del hormigón.



Pormenor de los bloques de viviendas en la calle Cean Bermúdez. Arquitecto, Secundino Zuazo. Acierto al destacar las líneas horizontales de los forjados con otro material, el baldosín catalán.



Edificio de la Casa Sindical, en Madrid. Arquitectos, Francisco A. Cabrero y Rafael Aburto.

Por tanto, teorizar sobre el empleo del ladrillo, sin tener en cuenta todas las demás circunstancias que concurren en la erección de un edificio y basarse además exclusivamente en lo que significan en otras épocas, digo que es gran disparate.

El ladrillo, antes peón de brega, hoy pervive descansadamente y con título honorífico.

FERNANDO CHUECA

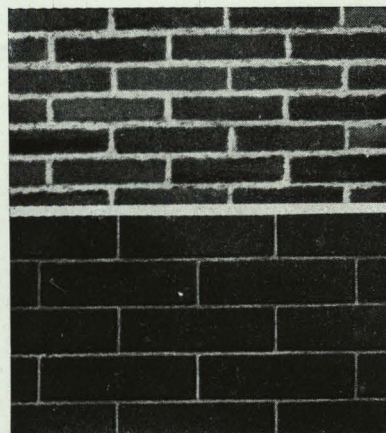
¿Qué material hubiera empleado para forrar la estructura de la Casa Sindical? Acaso ninguno, porque lo que me parece mal es forrar una estructura, cosa que no es igual que hacer un muro de cerramiento, aun con estructura detrás. Si se hubiera querido hacer un edificio de ladrillo, creo que hubiera sido preferible adoptar otro camino que el de una estructura forrada.

Aquí se ha tratado también de la plaqueta. En esto soy intransigente: la plaqueta me parece una monstruosidad. Un material puramente de revestimiento, imitando las dimensiones modulares de lo que se hizo para construir un muro pesante y resistente, es un verdadero desatino. Si se quiere estudiar un material de revestimiento cerámico—como lo fué la azulejería cuando tanto uso tuvo en la arquitectura antigua española—, aquí hay un campo para aguzar nuestro ingenio y ensayar soluciones. Estos elementos tendrán, por sus dimensiones y manera de estar colocados, que expresar lo que son: revestimiento puro.

En los procesos artísticos tiene mucha importancia el hábito adquirido. Cuando se construyeron los primeros automóviles, sus carrocerías imitaban las de los coches de caballos. ¿Aceptaríamos hoy en día un automóvil con pescante? En este aspecto, la Casa de los Sindicatos representa un punto de transición, como los primeros automóviles.

Bidagor ha hablado de la vibración que tienen los muros de ladrillo, y que falta en los revocos y muchas veces, incluso, en los muros de piedra; es decir, la textura del ladrillo es por sí misma un elemento decorativo de primer orden. No cabe duda. Esta vibración o textura puede a veces acusarse con los aparejos, con la diversa colocación y calidad de los ladrillos (entre paréntesis, nuestra industria ladrillera debía preocuparse

más de estudiar tipos y variedades, de acuerdo con los arquitectos), con otros elementos de carácter cerámico, etcétera. En el mudéjar aragonés, algunos de cuyos ejemplos hemos visto proyectados, el ladrillo se valora con la inclusión de cerámica vidriada. Esto parece, desde luego, muy alejado de nuestra estética actual, pero todo depende del tacto con que se hagan las cosas. Por ejemplo, Zuazo, en las casas-torre de Cea Bermúdez, ha tenido el acierto de marcar las líneas horizontales de los forjados por medio de un chapado de baldosín catalán, material casi vidriado en relación con el simplemente cocido del ladrillo.



JOSE AZPIROZ

La plaqueta no se pensó como solución de revestimiento, sino que, al tratar de ejecutar el muro de ladrillo fino, como cerramiento de las estructuras entramadas, se presentó la pega de tener que partir el ladrillo para emplear sólo los frentes, al pasar por los soportes y carreras. Se evita esto con la solución de hacer una placa o frente con el mismo barro y en la misma hornada, para emplearla solamente en aquellas zonas que era necesario. Luego se ha derivado, como dice Chueca, a un empleo falso, usándola solamente como revestimiento.

Si las ciudades no van a ser como hasta ahora porque no nos gustan, y la calle, con sus casas alineadas y pegadas unas a otras, tiene que desaparecer, no veo un serio problema en que cada uno use el revestimiento de fachadas que estime más conveniente, como se ha venido haciendo hasta ahora. Porque, a pesar de las opiniones que hemos oído, no veo yo que exista una fuerte tradición del paramento de ladrillo visto, sino, al contrario, una mayoría aplastante del revoco. Y si éste no da resultado porque no se sabe hacer, o porque en sí es malo, y el ladrillo recarga las estructuras y no debe usarse, y la plaqueta es una imitación, y como mentira no puede ser perdurable, estoy con Chueca y con Fisac que habrá que intentar nuevos procedimientos.

Y no hablemos de si serán caros o baratos: están apareciendo tejados de pizarra por todas partes con una profusión tal, que parece nos están trasplantando Flandes a Madrid. Y todos sabemos que son carísimos y de resultado dudoso.

No nos engañemos: tenemos miedo, ese miedo que hacía a los arquitectos del siglo pasado refugiarse en el Gótico cuando construían una iglesia; el que hace que nos refugiamos ahora en el Renacimiento y en el Barroco madrileño. Tenemos en España arquitectos estupendos, con una cultura superior a lo que se ve por ahí fuera, con una magnífica preparación y con experiencia suficiente; arquitectos que si dieran un paso adelante se llevarían a toda la juventud detrás y formarían escuela, pero que se conforman con las normas de los romanos.

Es valentía lo que hace falta; por mi parte, estaré al lado de los que intenten el nuevo camino, de los que quieran hacer la arquitectura que nos corresponde, la de ahora.

PEDRO BIDAGOR

Este tema de la urbanización del futuro no es una cosa sencilla que se nos va a dar fácilmente, sino, por el contrario, una conquista difícil e importante que entre todos nosotros tenemos que lograr, y que vosotros, ahora estudiantes y pronto arquitectos, seréis los que llevaréis a sus auténticas consecuencias en vuestro futuro ejercicio profesional.

Una vez más insisto en que aquí, en España, estamos en otras condiciones que en el extranjero, porque allí, en una sola mano, está todo el trazado de un gran núcleo urbano. En la Avenida del Generalísimo, por ejemplo, tenemos que conciliar intereses diferentes, en general siempre contrapuestos, y el esfuerzo y el cansancio que esta tarea supone convenga que todos la conocierais antes de juzgar nuestra labor.

MARIANO GARRIGUES

Como he llegado bastante tarde a esta reunión—y, por cierto, mal ambientado para el tema, porque he pasado la tarde en El Escorial—, me entero, sólo a medias, de su curso por estas últimas y vivas intervenciones.

Como siempre, nuestra tendencia a la extremosidad

hace aparecer esta discusión como si de ella hubiera de concluirse la condenación eterna del ladrillo o, por el contrario, su salvación para los siglos venideros.

Es injusto cargar al ladrillo la culpa de falsedad en su empleo moderno. Si no hay prejuicios contra él, hay que admitir que la mayoría de las imputaciones aquí oídas pueden hacerse exactamente de otros materiales de revestimiento, porque, en el fondo, todos sabemos dónde se centra el problema: la radical discrepancia entre la esencia y la presencia de la arquitectura moderna, esto es, entre una estructura sustentante y su todavía obligado revestimiento exterior.

Tan lejos como nos sentimos ahora de una catedral gótica, y, sin embargo, ¡cómo anhelamos en lo íntimo llegar cuanto antes a una equivalente verdad constructiva con nuestros llamados progresivos sistemas de construcción!

No creo que haya que esforzarse mucho para admitir que todavía el ladrillo, en cualquiera de sus formas de aplicación—y, claro está, siempre “a base de bien”—, será un material insustituible en la arquitectura española, y por razones, principalmente, de índole económica: precio de fabricación y tradicional mano de obra.

Hay que reconocer que para la gente de fuera los aciertos mayores de nuestra arquitectura actual suelen ser con la intervención del ladrillo visto. Incluso podríamos llegar a decir, como en aquella gacetilla de prensa, que el éxito ha sorprendido a la misma empresa. (Esto, que suena a chiste, implicaría una exigente actitud crítica por nuestra parte, o, por lo menos, nos pondría en guardia sobre el valor de tales opiniones.)

Ahí tenemos el ejemplo de Holanda, sabiendo aplicar su gran tradición de ladrillo a un concepto moderno de la arquitectura, y nadie parece ser que haya tenido allí que poner el dedo en la llaga—o en el tendel—de un detalle, porque todo está salvado cuando la arquitectura es radicalmente buena.

Divierte pensar que, en estos tiempos de tan cacareada tipificación y prefabricación industrial, sea el ladrillo el material de construcción más humano y racionalizado, quizá por más antiguo y humilde. Su medida está determinada por el tamaño de nuestra propia mano y la fuerza de nuestro propio brazo. Al mismo tiempo que plantea a la inteligencia del hombre la geometría de su aparejo, razonado en la necesidad constructiva de quebrar la junta.

Y, para terminar, mi gusto personal: De nuestra arquitectura contemporánea de ladrillo, lo que no me gusta es... la piedra.

VICENTE TEMES

No estoy conforme con los que tratan de justificar los chapados de ladrillo solamente por su economía o por falta de otro material de revestimiento apropiado. Creo sinceramente, como Gutiérrez Soto y Aguinaga, que, además de la economía y otras condiciones de los chapados de ladrillo, hay una razón muy importante de su empleo: que por su limpieza y calidad nos gustan.

En las fachadas entramadas de los edificios vamos sustituyendo el ladrillo de dimensiones corrientes por tacos o plaquetas, y, con ello, a los albañiles por los soladores, pero sin renunciar a imitar los aparejos de las fábricas, aparentando una perfecta mano de obra de as-

pecto agradable. Si una de las razones fundamentales de los chapados de ladrillo en fachadas no fuese que gustan a los arquitectos y tienen general aceptación, siguiendo el camino emprendido de revestimientos y soladores, se hubiese generalizado el empleo del baldosín catalán, que es económico y propio para chapados; no creo lo haya hecho ningún valiente, y, en cambio (y en esto somos los únicos del mundo), nadie deja de hacerlo en las terrazas, a pesar de que los conceptos constructivos de éstas, hoy al uso en todos los países, preconizan el empleo exclusivamente de materiales elásticos, de condiciones totalmente opuestas a las del baldosín catalán.

PEDRO BIDAGOR

En todas los países, este punto constituye preocupaciones, y en Italia, por ejemplo, recuerdo que emplean mucho un mosaquete de trozos pequeños de mármol, buscando lo que al principio decía: la vibración de la fachada. En cualquier caso, todos estos materiales requieren un muro detrás, de ladrillo, de cemento, de lo que sea. Planteada, por consiguiente, así la cosa, la solución nuestra me parece estupenda, puesto que si ya tenemos que hacer el muro de ladrillo, lo mejor es que lo dejemos visto,

Publicamos, finalmente, esta intervención, solicitada por la Revista, después de celebrada la Sesión, por los motivos que en ella se expresan.

RAMON ANIBAL ALVAREZ

Cediendo al requerimiento de la Revista, ya que no me fué posible asistir, como hubiera sido mi deseo, a la reunión dedicada al ladrillo, envío adjuntos unos breves comentarios a las cuartillas que se me remiten,

que, aunque muy precisas y claras, nunca son el "original".

En realidad, el proceder de esta manera hace que, sin querer, se haga un poco la crítica de la crítica.

Considero que todo lo que se dijo fué interesante. ¡Qué duda cabe! Aunque con un espíritu excesivamente técnico, se habló del ladrillo como elemento resistente, como material de cerramiento de estructuras, como formando bóvedas; pero—y esto es lo que me extraña—no se habló para nada del color.

Parece que en estos tiempos, y en Madrid, se asiste a un resurgir de las fábricas de ladrillo visto. Se cuidan en extremo los aparejos, y por un camino que algunos intuyeron se encuentran desacordadas tonalidades, más inspiradas en fábricas toledanas.

A mí me ha pasado al llegar de Italia lo mismo que dice Luis Gutiérrez Soto. Madrid me hace una grata impresión de claridad y alegría, como contraste con las ciudades italianas, con mucha fábrica de ladrillo, siempre algo sombrías.

Y, sin embargo, mi opinión, desde un punto de vista estético, es que el empleo, ya un poco abusivo, del ladrillo lleva al arquitecto a un fácil amaneramiento. Todos habréis podido observar que una fachada, en cuanto se raya con ladrillo, gana.

¿Y del color? Creo que de éste nos vamos olvidando fácilmente. De lo que en un principio Villanueva vió en el Museo del Prado: combinación de granito, caliza y el bello ladrillo de mesa, a las fábricas actuales, con el atomado ladrillo de Alcalá y aún peor, hasta la fea plaqueta, media un abismo.

Todo esto no quiere decir que se deba prescindir en absoluto, no; pero sí convendría avanzar más, pedir nuevos tipos de ladrillo o de mejor calidad, nuevos tamaños. Ya en este sentido creo se había hecho algo con el ladrillo empleado en el Hospital Clínico de la Ciudad Universitaria, y después, si mi memoria no me es infiel, en el I. N. T. A., independientemente de más recientes inventos.



Casa-torre de viviendas en Madrid. Arquitecto, Secundino Zuazo.